



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

**“CAMBIO CLIMÁTICO Y SALUD MENTAL: UNA APUESTA A LA
INTERDISCIPLINA”**

Autora: Rocio Curina Palmero.

Legajo: C-5951/1.

Modalidad de presentación: Ensayo.

Mail: Rociocurina123@gmail.com

Docente: Ivonne Laus.

Docente responsable: Graciela Tonello.

Año: 2024.

Agradecimientos

A mi hermana, por ser quien es y permitirme ser quien soy.

A mi madre, por siempre confiar en mí. A mi padre, por darme la posibilidad de estudiar y realizarme profesionalmente.

A mis amistades y amores, porque sin su sostén invaluable a lo largo de estos años no habría llegado hasta aquí.

A mi docente responsable, Graciela Tonello por su generosidad de aceptar guiarme en este proceso.

Por último, a la facultad pública y a mi compañero interespecie Shaggy, cuyo amor me acompañó desde el inicio de la carrera hasta casi su fin. Mis otros significativos, gracias.

Índice	1
Agradecimientos.....	
1 Resumen y palabras clave.....	3
Introducción.....	

4	Salud mental en un mundo en	
	llamas.....	5
	A la luz de los	
	conceptos.....	9
	Entre saberes y desafíos: reflexiones	
	¿finales?.....	20
	Referencias	
	bibliográficas.....	24

Resumen

El presente escrito consiste en un ensayo sobre las intersecciones entre salud mental y el

cambio climático. En el actual contexto global, resulta evidente el impacto humano en el ambiente. A su vez, las condiciones ambientales influyen en las personas, en términos de menoscabos a la salud, por un lado, y a modo de bienestar, por otro. En este sentido, surge la necesidad de rastrear los desarrollos en el campo disciplinar de la psicología ambiental. De este modo, se abordan cuestiones referidas al cambio climático, los riesgos y también los beneficios que brinda la naturaleza en lo que a salud mental respecta. Así mismo, se plantean lineamientos y abren interrogantes para una clínica que pueda estar a la altura de la época, pudiendo alojar a los malestares que el cambio climático genera. Por último, este trabajo se construye en clave decolonial, es decir, teniendo en cuenta la conquista de América en el devenir civilizatorio y en la actual situación de crisis climática de la cual se analiza sus efectos.

Palabras clave:

Cambio climático, salud mental, percepción de riesgo, psicología ambiental.

El presente escrito aborda como tema las repercusiones de la actual crisis climática sobre la salud mental. A propósito de ello, es oportuno recordar a las y los activistas ambientales, durante las quemadas en el humedal del río Paraná. Quienes, en un grito para conmover esta selva de cemento, exclamaban: “cuerpo- territorio, lo que le pase a la tierra nos pasará”. Frase que invita a reflexionar el vínculo entre el cuerpo que somos, -podemos agregar, psiquis- y el territorio que habitamos. Como seres humanos, formamos parte de sistemas socio-ecológicos. El cambio climático es una de las mayores amenazas para la continuidad de la vida en el planeta tierra. Se encuentran evidencias de ello no sólo en los datos expuestos por la ciencia, sino en la experiencia cotidiana concreta. En los pasados días 3, 4 y 5 de julio de 2023 se rompieron récords de temperatura a nivel mundial, siendo el miércoles 5 el día más cálido registrado en la historia de la humanidad. Como consecuencia de esto, al menos 112 personas murieron en México al registrar 49° (Dyne, 2023). Así, la crisis climática pone límite a todo desarrollo social, económico y personal.

Según lo planteado anteriormente, como problema de TIF, se parte de la pregunta ¿puede el campo de la psicología contribuir a la comprensión y abordaje de los malestares subjetivos generados por el contexto de crisis climática y ecológica? Esta pregunta se trabaja aquí en relación con la premisa acerca de la crisis climática y sus consecuencias nocivas para la salud, tanto física como mental. Específicamente, sobre la salud mental de personas con conciencia ambiental, quienes pueden padecer menoscabos como ansiedad, depresión, pensamientos catastróficos y conducta suicida (Sabando, 2021). Los impactos de la naturaleza sobre la salud mental constituyen un campo de acción profesional no explorado dentro de la curricula de la carrera, lo cual implica grandes desafíos, así como oportunidades.

En este orden de cosas, cabe tomar como ejemplo el caso de un hombre en Bélgica, quien se suicidó con ayuda de inteligencia artificial al no soportar el malestar subjetivo generado por los alarmantes pronósticos científicos sobre el cambio climático (El Atillah, 2023). En esta línea, Tonello (2021) plantea que la sorpresa con la que el mundo ha afrontado la pasada pandemia del Covid-19, nos habla de una baja percepción de riesgos, tanto del coronavirus como de la emergencia climática vinculada. Al igual que lo sucedido en el Nilo del antiguo Egipto, nuestros *sacerdotes de hoy*, los científicos, nos advierten de la catástrofe que se avecina.

Por esta razón, se aspira a que la información obtenida para este trabajo contribuya a esclarecer el estado del arte sobre cambio climático y salud mental, a la vez que aporte líneas de abordaje terapéutico posible. Como categorías de análisis se abordará ansiedad, depresión, negación, percepción de riesgo, relación humano-naturaleza, tomando aportes de la psicología ambiental. De este modo, se propone al/la lector/a un recorrido que sea más que una mera lectura, superando el extrañamiento por la temática y el no querer saber frente al dolor, angustia e indignación que suscita. De este modo, se invita a la reflexión, debate y resonancia, ejercicios tanto intelectuales como afectivos que constituyeron, a la vez, mi posicionamiento filogenético, epistémico y teórico. En este sentido, el presente TIF pretende estar a la altura de la época, abordando uno de los grandes desafíos que se le presentan a la psicología en este contexto socio histórico particular.

Salud mental en un mundo en llamas

Como se sabe, a lo largo de los milenios, la vida sobre la tierra ha tomado diversas formas, hasta llegar al *homo sapiens sapiens* actual. Asimismo, desde la paleontología se han registrado varias extinciones masivas de especies, cinco exactamente. La más conocida y reciente ocurrió hace 65 millones de años, al final del periodo Cretácico, poniendo fin a los dinosaurios entre otras especies de plantas y animales. Actualmente se investiga la posibilidad de una nueva extinción masiva de especies, con la particularidad de que, al contrario de las anteriores, ésta sería por causas humanas. Se denomina esta era como Antropoceno, debido al impacto y control que tiene la humanidad sobre ecosistemas y el planeta entero (Stampa, 2019). De hecho, con la actual organización socio económica se producen cambios geológicos, dinamitando montañas, desmontando, fracturando la tierra y el fondo marítimo para extraer petróleo, oro, y demás sustancias que deberían permanecer en su lugar, bajo tierra.

En cuanto a evidencia, existe consenso científico en que el cambio climático es una de las mayores amenazas a la salud pública a nivel mundial. Según el artículo 1° de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el cambio climático, éste se define como el “cambio de clima atribuido directa o indirectamente a la actividad humana que altera la composición de la atmósfera global y que se suma a la variabilidad natural del clima observada durante períodos de tiempo comparables” (Cepssa, 2015, p.3). Al realizar una gran variedad de actividades como las industriales y ganaderas se emiten a la atmosfera diversos gases; dióxido de carbono, metano y óxido nitroso, entre otros. Los Gases de Efecto Invernadero (GEI) son “aquellos gases presentes en la atmósfera que contribuyen al efecto invernadero (...) entendiendo por éste el proceso mediante el cual la radiación térmica emitida por la atmósfera es absorbida por los gases presentes e irradiada en todas las direcciones” (Cepssa, 2015, p.4).

Actualmente, la comunidad científica alerta sobre los riesgos de aumentar la temperatura global respecto a los niveles preindustriales. Este hecho conduciría a un colapso ambiental, con consecuencias catastróficas para la vida en todas sus formas. Además, implicaría grandes pérdidas tanto biológicas como económicas, haciendo imposible el ordenamiento social tal como es conocido (IPCC, 2022). En esta línea, la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2022) plantea que el cambio climático representa una crisis mundial creciente con peligros tales como huracanes, inundaciones e incendios forestales, así como amenazas más sutiles como cambios en los ecosistemas y la inseguridad alimentaria e hídrica. En cuanto a los peores escenarios, un calentamiento global de 8°C respecto a los niveles pre industriales, implicaría un futuro distópico. Los océanos subirían 60 metros, las principales ciudades quedarían sumergidas, la agricultura sería prácticamente imposible, habría incendios descontrolados, huracanes de una magnitud sin precedentes, una parte significativa del planeta se volvería inhabitable y surgirían grandes olas de refugiados que afectarían la

política internacional.

Sin embargo, según otros estudios basados en la sensibilidad climática de equilibrio, es probable que una vez que la temperatura alcance cierto punto (con un 66% de confianza para temperaturas entre 2,2°C y 3,8°C), el clima se estabilice en ese rango. En cualquier escenario, cada medio grado de aumento en la temperatura pone en riesgo cientos de millones de vidas, según el IPCC. Se estimó que aproximadamente 150 millones de personas podrían morir solo por la contaminación del aire si la temperatura global aumenta de 1.5°C a 2°C. Para ponerlo en perspectiva, 150 millones de vidas equivalen a aproximadamente 25 Holocaustos. Por lo tanto, el cambio climático y la crisis ecológica representan una verdadera "crisis existencial" para nuestra civilización (Sabando, 2021).

Además, el secretario general de Naciones Unidas ha afirmado que la era del calentamiento global ha terminado para dar paso a la era de la ebullición global, caracterizada por eventos ambientales extremos y cambios drásticos en el clima (Abedrapo, 2024). Esto es consistente con las predicciones y advertencias repetidas, La única sorpresa es la velocidad del cambio. Así es que ya no se habla de cambio climático, sino de ebullición global: estamos hirviendo.

5

En este sentido, las peores sequías, las inundaciones catastróficas y demás eventos climáticos extremos son señales de la injerencia humana, un registro de nuestra existencia postindustrial grabado en los flujos acuáticos del planeta. De no existir el ser humano los desastres naturales existirían, pero no de igual manera. Tal como afirma Thunberg (2022), no es extraño que haya sequía en el suroeste de EE. UU, en el Mediterráneo o en Australia, pero sí lo es que haya sequía en todos esos lugares al mismo tiempo. La naturaleza no puede generar esto, pero el ser humano sí. Vivimos en un mundo que es en gran parte, creación nuestra.

Por su parte, el filósofo y etólogo Lestel (2019), en su libro lleno de ironías y filosos comentarios, plantea que en occidente el humano se torna más asesino por negligencia que por deseo. Es decir, la inacción se ha convertido en un comportamiento letal extremo, ya no es necesario querer exterminar a los animales, plantas y seres vivos en general ya que los actuales modos de vida bastan para hacerlos desaparecer (p.35). A su vez, sostiene que ninguna cultura destruyó de manera sistémica el entramado de la vida con tanta eficacia, mientras se reusa a prestar atención a sus consecuencias. Una vez más, el accionar humano puede ser leído en términos de banalidad del mal, al decir de Hannah Arendt (1963). Se puede pensar que debido a la vorágine que caracteriza el día a día de nuestras sociedades, disminuyen los momentos propicios para la reflexión y toma de conciencia sobre las consecuencias de nuestros actos y omisiones. Al actuar de manera acrítica, se naturalizan atrocidades y se justifica lo injustificable. Por tanto, al hablar de naturalización, se alude al proceso de acostumbramiento social de diferentes acciones o sucesos, lo que permite que se arraiguen en una cultura y se difundan de manera silenciosa llegando a ser aceptados (López Bravo, 2017).

Además, existe otra particularidad, la presencia de vida constituye un hecho extremadamente atípico en el universo, por lo cual es lógica la fragilidad de los mecanismos que la posibilitan. En este sentido, para que la vida sobre la tierra siga siendo viable tanto para seres humanos como para todas las especies de plantas, animales terrestres, acuáticos, aves, insectos y hongos, se debe conocer, respetar y proteger el perfecto entramado complejo y exacto que hace posible la vida, gracias a su codependencia en una simbiosis poética. Respetar el diseño de la vida va en dirección opuesta a este sistema extractivista (Grosfoguel, 2016), racista, patriarcal y capacitista (Martín y Ferreira, 2021).

De este modo, como civilización nos enfrentamos a un gran desafío que, para ser enfrentado con algunas chances de éxito, exige conocer la multiplicidad de dimensiones

que atraviesa el cambio climático. Hoy es más urgente que nunca dismantelar el sistema económico y social basado en la explotación y adoptar prácticas que promuevan la sostenibilidad y la equidad. Esto implica escuchar a las comunidades afectadas, tanto científicas como indígenas, y actuar de manera decisiva para frenar el deterioro ambiental y proteger la vida en todas sus formas.

Así, parto del reconocimiento de que no es posible limitar la mirada a la inmediatez de los años recientes, sino que es necesario anclar la problemática de los impactos del cambio climático en la salud mental como parte de una historia continental más larga. Por ende, se complejizan los aspectos intervinientes que hacen de resistencia al cambio que urge, ya que implica operar en pos de dismantelar un sistema basado en la conquista de América, con la posterior imposición de la cosmovisión del sueño americano a países que están sumidos en la pobreza. Y aún sumidos en la pobreza, se sigue pensando y obrando en miras a esa racionalidad capitalista extractiva, explotadora de naturaleza y cuerpos mercancía. De esta manera, el concepto de antropoceno pone de manifiesto los límites de la naturaleza, y cuestiona las estrategias de desarrollo dominante, así como el paradigma cultural de la modernidad (Svampa, 2019). Descolonizar el pensamiento se torna crucial, para que los deseos no sean sólo objetos que alimentan el consumismo desmedido, siendo éste uno de los puntos cruciales del problema.

Por lo tanto, resulta fundamental un cambio cultural, de valores e ideales, de una generación *hackeada* por aspiraciones imposibles de saciar. En esta línea se encuentra una de las recomendaciones del panel intergubernamental de expertos sobre el cambio climático (2022), donde proponen la mitigación por el lado de la demanda, abarcando

6

cambios en el uso de infraestructuras, la adopción de tecnologías sostenible a la vez que cambios socioculturales y de comportamiento. De persistir el actual sistema de producción y consumo lineal, se calcula que para el 2030 necesitaríamos el equivalente a 2 planetas tierra para mantener a la humanidad (Svampa, 2019). En este sentido, Tonello (2021) plantea:

Dado que los gases de efecto invernadero deben caer al menos un 7,6% cada año hasta 2030 para garantizar que las tasas de calentamiento global se limiten a 1,5 ° C, según el Programa de Medio Ambiente de la ONU, (...) las respuestas sociales por sí solas no impulsarán las reducciones profundas y sostenidas necesarias para combatir eficazmente el cambio climático, ya que no reflejan cambios estructurales en los sistemas económicos, de transporte o de energía. Se necesita un cambio sistémico, no reducciones temporales de comportamiento forzado. (Nature Climate Change, 2020, como se citó en Tonello, 2021).

Ante todo, es necesario remarcar que desde un posicionamiento crítico se puede observar que los períodos dictatoriales en Latinoamérica implementaron mediante el uso de la fuerza el modelo neoliberal, borrando a quienes pensaban distinto. Si se retrocede un poco más en la historia, probablemente no existiría este estado de crisis global si los pueblos originarios no hubieran sido exterminados. Estas comunidades, a menudo denominados "bárbaros", poseían una cosmovisión de honor y respeto hacia la madre tierra. Practicaban un consumo limitado y consciente, basado en la necesidad y no en la codicia. Teniendo en cuenta esto, se torna necesario escuchar no sólo a la comunidad científica, sino también a las comunidades de cada lugar geográfico afectado, así como a los pueblos originarios que al día de hoy existen y resisten. Resulta esencial valorizar sus voces después de siglos de dolor y opresión, junto con los conocimientos ancestrales que estén dispuestos a compartir. Este diálogo puede romper siglos de silencio impuesto, un silencio cargado de sangre y con olor a plomo de blancos.

De esta manera, se puntualiza lo anteriormente expuesto con el objetivo ético de visibilizar las diversas aristas de la problemática de la crisis climática. El presente escrito

no representa un tratado filosófico sobre los beneficios de respetar las leyes de la naturaleza, sino una invitación con carácter de urgencia a la información- acción para frenar este proceso de crisis climática, ecológica y social. Conocer y comprender es un paso previo necesario a toda toma de decisión, rumbo y proyecto. No es posible proteger lo que no se conoce, tampoco seguir actuando como si el futuro estuviera asegurado. Persistir en vivir de la misma manera en que lo hemos estado haciendo, constituye el núcleo del problema.

Entonces, de existir un enemigo, no es la dependencia tóxica hacia el plástico, ni el petróleo, sino todo el entramado de fuerzas y poderes que se ejercen allí. En este sentido, resulta notorio que el problema radica de la lógica interna del sistema económico social, el cual niega los límites geofísicos del planeta para soportar la explotación. No es posible extraer recursos infinitamente de un planeta finito. No es posible continuar generando basura por la cultura del consumo al punto de crear islas de desechos del tamaño de países, tampoco seguir enterrándolos en el fondo del mar para no verlos o, en su defecto, enviarlos al espacio, ya que, cínica e irónicamente, no hay más espacio en el planeta tierra para estos desechos.

De este modo, tal como afirma la joven activista sueca Greta Thunberg, el problema climático al que se enfrenta la humanidad y el resto de los seres vivos es, por definición, un problema interconectado. A medida que el ser humano se aleja cada vez de la naturaleza, más difícil resulta recordar y percibirse como parte de ella. A su vez, la autora

afirma que ésta es una crisis basada en la concepción de que algunas personas tienen derecho de tomar las tierras comunes, incluso poner en riesgo la disponibilidad de recursos vitales como el agua para las generaciones futuras en nombre del progreso de hoy. Actualmente, se necesita generar conocimiento en todas las disciplinas, así como recuperar saberes comunitarios para hacer frente a este panorama desalentador (Thunberg, 2022).

7

En este contexto, los efectos globales y potencialmente irreversibles de esta crisis han dado lugar a conceptos emergentes en el campo psi, como la ansiedad por el cambio climático, solastalgia y duelo ecológico, entre otros que se desarrollan en el siguiente apartado. En muchos casos, estas reacciones pueden ser respuestas comprensibles y congruentes ante la crisis a la que se enfrenta el mundo. Sin embargo, su impacto puede ser significativo, por lo cual es necesario conocer los desarrollos disponibles.

A la luz de los conceptos *Que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de la época*
Lacan, (1953)

Hoy en día, quienes no viven totalmente enajenados, habrán notado las

consecuencias locales del cambio climático. Éste no es un concepto abstracto que sucede en alguna otra parte, demasiado alejado geográficamente o en el futuro, obstaculizando ser percibido. Tal como los brotes de psicosis y depresión asociados al proceso de desencantamiento cósmico de los siglos XVI y XVII, hoy, diversas manifestaciones clínicas asociadas al cambio climático podrían ser comprendidas como parte de los efectos del derrumbe del marco referencial antropocéntrico, basado en el capitalismo (Sabando, 2021).

Por su parte, Rodríguez Quiroga et al. (2022) sostienen la premisa de que la salud mental no queda excluida del alcance de la crisis climática, pudiendo ser afectada por desastres naturales directamente, así como siendo consciente de las consecuencias inminentes de esta crisis (p.2). De este modo, plantean que desde el ámbito de la salud mental resulta necesario informar y generar intervenciones preventivas para las comunidades, que permitan afrontar las consecuencias actuales y potenciales del cambio climático. En la misma línea, el grupo intergubernamental de expertos sobre el cambio climático en su 6º informe de evaluación, afirma con un alto nivel de confianza, que están aumentando las enfermedades relacionadas con el clima, las muertes prematuras y la malnutrición, así como las amenazas para la salud mental y el bienestar. Además, señala la falta de recursos y la escasa capacidad de respuesta de los sistemas de salud ante el cambio climático (IPCC, 2022).

De este modo, surge la imperiosa necesidad de una clínica que pueda escuchar y esté preparada para los desafíos que se avecinan frente al declive climático. En tanto el cambio climático no es sólo un problema ambiental, implica una carga psico-social que demanda su inclusión en el diseño de intervenciones y dispositivos de atención a la salud. Puede ser estudiado como una variable más, siendo una problemática que potencialmente puede afectar a la salud mental. De este modo, la psicología tiene un importante papel que desempeñar para entender y responder al problema del cambio climático, tal es así que se ha dado un incremento del número de las investigaciones psicológicas para abordar esta temática (Clayton, 2019).

En cuanto a la literatura disponible, se ha demostrado que el cambio climático afecta la salud mental de diversas maneras, desde estrés y ansiedad, hasta trastornos clínicos como depresión y estrés postraumático (APA, 2017). En este sentido, la conciencia de esta crisis sistémica aumenta la sensación de daño al bienestar psicológico y disminuye la percepción de control del entorno, pudiendo generar ansiedad y angustia (Lawrance et.

al., 2021). Incluso la decisión de tener hijos se ve influenciada por la crisis ecológica, dando lugar a debates sobre la responsabilidad de traer niños/as al mundo en la situación actual (Grose, 2020). Debe tenerse en cuenta que tanto las patologías mentales, así como los componentes que hacen a la salud mental tienen siempre una estructura multicausal, en la que los componentes ambientales pueden tomar un papel importante, pero difícilmente pueda ser identificado como un elemento etiopatogénico único. Esta consideración es de especial importancia en los estudios sobre variables complejas tales como el cambio climático (Ordóñez-Iriarte, JM. 2020).

En este sentido, para el estudio de una problemática tan compleja y urgente como ésta, se cuenta con una rama específica de la psicología poco difundida en América Latina, pero con gran trayectoria, denominada psicología ambiental. En cuanto a ella, Steg & de Groot (2019) proponen la siguiente conceptualización:

Definimos la psicología ambiental como la disciplina que estudia la interacción entre los individuos y el entorno construido y natural. Esto significa que la psicología ambiental examina la influencia del medio ambiente en las experiencias, el comportamiento y el bienestar humano, así como la influencia de los individuos en el medio ambiente, es decir, los factores que influyen en el comportamiento ambiental (p. 2).

Según los autores, dicho campo de estudio se caracteriza por enfocarse en las interacciones entre humanos y medio ambiente, poseer un abordaje interdisciplinario, y basarse en una diversidad de métodos. El acento en un enfoque interactivo es lo que más interesa en el presente escrito. Un ejemplo de la aplicación de esta disciplina, es el estudio de diversas condiciones ambientales y sus implicaciones- interacciones, tales como la presencia de la naturaleza en la infancia, que puede influir en la conexión de las personas con la misma y así repercutir en la voluntad de apoyar las medidas de conservación del medio ambiente. A su vez, el apoyo de las personas a las medidas de conservación de la naturaleza puede influir en las condiciones ambientales como la biodiversidad. En este sentido, las y los psicólogos ambientales no realizan estudios por mera curiosidad científica sobre algún fenómeno, sino para intentar contribuir a la resolución de problemáticas concretas. A esto se denomina enfoque centrado en el problema (Steg & de Groot, 2019).

A su vez, la psicología ambiental estudia las interacciones entre el ser humano y el ambiente a diferentes niveles de escala, desde el entorno doméstico y el vecinal hasta las ciudades, las reservas naturales y los países, e incluso el planeta en su conjunto (Steg & de Groot, 2019). En este sentido, los problemas y las soluciones que se estudian varían entre estos niveles. Por un lado, se puede pensar a nivel local el estudio de los padecimientos subjetivos generados por el cambio climático en una región específica. Por otro, a nivel mundial, realizar estudios epidemiológicos sobre prevalencias de enfermedades asociadas a esta crisis, diseño y evaluación de políticas públicas de adaptación y mitigación, entre tantas otras aplicaciones posibles.

En cuanto a los desarrollos disponibles, uno de los más destacables es el término solastalgia, creado en 2002 por el Australiano Albrecht. El término devino de su propia experiencia de angustia, así como la de sus allegados, ante las transformaciones y destrucción de paisajes con los cuales tenían un fuerte vínculo emocional y sentimiento de pertenencia. Para describir este fenómeno, el término nostalgia parecía bastante atinado, (*nostos* = regreso al hogar o a la tierra natal, *algia* = dolor o enfermedad) estaba asociada a la melancolía en personas que añoraban su hogar al estar lejos de él, lo cual se consideró una enfermedad psicofisiológica diagnosticable medicamente hasta los años 20. Esta patología de época era especialmente evidente en los soldados que luchaban en países extranjeros, quienes añoraban su hogar hasta el punto de enfermar y ser incapaces de cumplir su deber. En ese caso, la cura consistía en permitirles regresar a sus hogares para reestablecer su bienestar (Albrecht, 2007).

Por su parte, el empleo actual del término nostalgia perdió su conexión con el lugar geográfico y sugiere una mirada hacia atrás, un deseo de estar conectado con un periodo pasado percibido y valorado positivamente. Esto adquiere una radical importancia en el presente escrito, ya que abona a pensar la situación de las comunidades indígenas, quienes han sido desposeídos de sus tierras y cultura, entre otros atropellos a sus derechos humanos, siendo una experiencia dolorosa permanente. En este sentido, la nostalgia no es sólo cuestión de tiempos perdidos, sino de anhelo de lugares perdidos, con la característica de a esos lugares ya no se pueden volver a entrar. Finalmente, el concepto solastalgia devine de solaz y desolación. Por su parte, *algia* significa dolor, sufrimiento o enfermedad. Por lo tanto, "solastalgia es el dolor causado por la falta de consuelo y la sensación de aislamiento relacionados con el estado actual del propio hogar y territorio" (Albrecht, 2007, p.9). Pero hay una particularidad más, se trata del hecho de que dicho término viene a visibilizar la preocupación e intensa desolación de personas que aún están en su hogar. De este modo, se trata de la experiencia vivida de la pérdida/ destrucción del territorio presente, una forma de añoranza que se siente cuando todavía se está en casa.

Teniendo en cuenta lo planteado, el concepto solastalgia puede dar nombre en el contexto local a lo vivido durante las quemadas incesantes del humedal. Sumado a la impotencia y a la falta de respuestas eficientes por parte de las autoridades locales, la

solastalgia puede ayudar a elaborar lo sucedido.

10

Por otro lado, existe un término ampliamente difundido entre los espacios académicos y militantes en temática ecológica, se trata de ecoansiedad. Tal como plantea Pihkala (2020), desde 2018 ha crecido la cobertura mediática sobre este fenómeno. Un punto central en esta discusión ha sido la joven activista climática Greta Thunberg, quien ha hablado abiertamente de su salud mental frente a la crisis ecológica. Así, a partir de 2020 comenzaron a aparecer libros para el público en general, que brindan sugerencias de autoayuda y llaman a la acción social con el fin de aliviar la ecoansiedad (p.1) Está claro que muchas personas, sobre todo las y los jóvenes, sufren de ecoansiedad, pero ¿qué significa esto y cómo deberían responder las/os profesionales de la salud mental?

En este sentido, la American Psychological Association (2017) define la ecoansiedad como un temor crónico frente a la posibilidad de sufrir un cataclismo ambiental, el cual se produce al observar el impacto del cambio climático que resulta ser irrevocable, y la preocupación asociada por el futuro propio y de generaciones venideras. Una visión clásica de ansiedad indica una característica; está orientada al futuro y relacionada con una amenaza sobre la que existe una incertidumbre significativa, puede darse frente a situaciones racionales o irracionales. Algunos autores dividen el fenómeno en dos, por un lado, la ecoansiedad, la cual describe cualquier ansiedad que esté relacionada con la crisis ecológica, y por otro, la ansiedad climática, la cual hace énfasis en la ansiedad frente al cambio climático antropogénico. En definitiva, lo llamativo es que en aquellas personas que no experimentaron impactos directos del cambio climático, la simple conciencia del problema puede ir acompañada de emociones negativas como miedo, ira, culpa, sentimientos de impotencia o agotamiento (Pinkala, 2020).

De este modo, parece ser que hay una diferencia sustancial en la atribución causal de la crisis climática y sus consecuencias a nivel de salud mental. La ecoansiedad parece estar estrechamente relacionada con la preocupación y el miedo, pero también con algo distinto. Actualmente hay diferentes opiniones sobre qué terminología debe usarse y si el término ansiedad climática debe usarse para incluir una preocupación climática menos severa o no. Por lo tanto, es necesario aclarar este término.

Algunos autores plantean que existe un círculo vicioso entre la ansiedad y la negación. Puede ser difícil aceptar la crisis ecológica y climática, porque significa a) aceptar una amenaza potencialmente aniquiladora y b) aceptar que debe haber grandes cambios en la vida de las personas y las comunidades. Así, algunas personas tratan de escapar del miedo y la ansiedad hacia la negación, no obstante, presentan disonancias relacionadas con los conflictos internos: saber y tratar de no saber al mismo tiempo. Por lo tanto, la ansiedad puede engendrar negación, lo que a su vez genera más ansiedad (Pinkala, 2020).

Cabe señalar que la psicología ambiental ha creado numerosos desarrollos conceptuales. Uno de ellos, crucial para introducir a la comprensión de la salud mental frente al cambio climático, es el de riesgo. En general, riesgo se refiere a “una situación, evento o actividad que puede conducir a resultados adversos inciertos que afecten algo que los humanos valoran” (Steg & de Groot, 2019 p. 16). Por tanto, el riesgo implica una cadena causal entre una fuente de riesgo -una situación, evento, actividad- y un resultado adverso incierto. Los dos componentes esenciales del riesgo son la gravedad y la incertidumbre del resultado adverso o pérdida. Caracterizar un resultado como adverso implica desde luego, una evaluación humana. Cómo las personas perciben esos riesgos es una cuestión decisiva, ya que pueden impulsar u oponerse a acciones para afrontarlos, es decir, intentar resolverlos dichos riesgos. Por lo tanto, el estudio de la percepción de riesgo y los elementos que dificultan la toma de contacto con los mismos es de estratégico interés en este contexto de crisis, donde los abordajes se tornan

impostergables.

Una particularidad es que los riesgos ambientales a menudo surgen de los comportamientos de muchos individuos, por ejemplo, el uso de combustibles fósiles, más que de una sola actividad. Por lo tanto, las mitigaciones no se pueden lograr fácilmente porque requieren acciones de muchas personas, siendo un problema en cadena y no plausible de reducirse a un abordaje lineal. Además, se presenta otra dificultad y es que las consecuencias de los riesgos ambientales suelen retrasarse temporalmente y estar

11

geográficamente distantes. Por ende, uno de los aspectos más importantes éticamente es que quienes contribuyen a un riesgo -los países industrializados en mayor grado responsables de esta crisis- no siempre sufren las consecuencias como sí lo hacen los países en desarrollo y las generaciones futuras. Siendo éste un punto delicado, ya que atiende a cuestiones éticas globales.

Por su parte, la percepción del riesgo se refiere al juicio subjetivo de las personas sobre el riesgo asociado con alguna situación, evento, actividad o tecnología. Los juicios de riesgo subjetivo rara vez se basan en análisis deliberados. En cambio, las personas suelen emplear heurísticas al emitir juicios, es decir, reglas generales simples e intuitivas. Como es el caso de la heurística de disponibilidad, la cual postula que es más probable que las personas sobreestimen la ocurrencia de un evento cuanto más fácil les resulta recordar ejemplos de eventos similares (Steg & de Groot, 2019). Por ejemplo, la probabilidad subjetiva de sufrir un accidente automovilístico aumenta cuando se ve un automóvil destrozado al costado de la autopista. En el contexto de los riesgos ambientales, la evidencia demostró que las personas creían más en el calentamiento global y estaban más preocupadas por el mismo en los días que percibían como más cálidos de lo habitual (Li et al. 2011).

En esta línea, un tópico de investigación bastante difundido refiere a los ya conocidos sesgos cognitivos. Un hallazgo fundamental refiere a la tendencia de las personas a creer que tienen más probabilidades de experimentar eventos positivos y menos probabilidades de experimentar eventos negativos que otros. Este sesgo cognitivo se conoce como optimismo poco realista y se ha encontrado en diversas áreas, incluidos los riesgos ambientales o tecnológicos. Por ejemplo, las personas tienden a percibir que los riesgos del cambio climático, los teléfonos móviles, los desechos radiactivos y los alimentos genéticamente modificados son menores para ellos que para otros (Steg & de Groot, 2019).

En este sentido, la investigación sobre heurística tradicionalmente se basó en gran medida en procesos cognitivos, no obstante, investigaciones posteriores han resaltado la importancia de las emociones para las evaluaciones de riesgos y la toma de decisiones. Sobre este aspecto Steg y de Groot (2019) plantean:

Si los individuos se sienten positivos acerca de una actividad, tienden a juzgar el riesgo como bajo y el beneficio como alto. Por el contrario, si tienen sentimientos negativos acerca de una actividad, tienden a juzgar el riesgo como alto y el beneficio como bajo. Como resultado, el riesgo percibido y el beneficio percibido están inversamente relacionados, aunque, lo más probable es que los riesgos y los beneficios se correlacionen positivamente, porque sólo se asumen grandes riesgos si prometen grandes beneficios (p. 19).

Además, existe otro desarrollo significativo que refiere al descuento temporal del riesgo ambiental, el cual refiere al “fenómeno psicológico de que los resultados en el futuro lejano son subjetivamente menos significativos que los resultados inmediatos” (Steg & de Groot, 2019, p. 19). Esto constituye una aproximación para la comprensión de por qué algunas personas no se sienten interpeladas por la causa climática, a pesar de que este planeta sea el único que puedan habitar ellos y sus descendientes. Así mismo, la

percepción del riesgo puede estar impulsada por valores y posiciones morales. Por ejemplo, “las personas con bajos valores tradicionales (es decir, familia, patriotismo, estabilidad) y aquellas con alto altruismo (preocupación por el bienestar de otros seres humanos y otras especies) tienden a percibir mayores riesgos ambientales globales” (Steg & de Groot, 2019, p. 20).

Por otra parte, el estudio sobre las percepciones ha demostrado que entender esta crisis es cognitivamente desafiante, no solo debido a su complejidad y a la incertidumbre que conlleva, sino también porque resulta psicológicamente distante para la mayoría de las personas. Es decir, que hay quienes perciben los efectos del cambio climático como acontecimientos geográficamente lejanos y separados en el tiempo. Además, es emocionalmente difícil de comprender. La idea de un cambio climático fundamental e irreversible a nivel global es lo suficientemente aterradora como para provocar respuestas

12

emocionales como la negación. El hecho de que este fenómeno se atribuya principalmente al actual modo de vida general, especialmente en las naciones occidentales, lleva a una inclinación hacia la justificación del sistema. Así, las personas prefieren creer que el sistema en el que viven es beneficioso y justo, en lugar de aceptar que podría ser responsable del fin de la civilización. De este modo, pueden negar la realidad del cambio climático porque es incompatible con su sistema de creencias, tal como que Dios ha diseñado la Tierra y sus recursos para el uso humano y la protegerá para su propio beneficio (Clayton, 2019).

Además, las emociones pueden ocurrir como reacciones a los riesgos percibidos. De este modo, cuando las personas se centran en las consecuencias de un riesgo, experimentan emociones basadas en las consecuencias. Las mismas pueden ser prospectivas, por ejemplo, miedo que surge de la anticipación de un daño o retrospectivas como tristeza provocada por una pérdida experimentada. Por su parte, cuando las personas se centran en la rectitud moral, experimentan emociones basadas en la ética. Las cuales pueden estar dirigidas hacia uno mismo, como culpabilidad al asumir la responsabilidad o hacia otras personas, tal como indignación. De este modo, las emociones dirigidas a otros, basadas en la ética se experimentan cuando la responsabilidad puede atribuirse más claramente a un agente, por ejemplo, los vertederos de sustancias químicas por parte de empresas. Mientras que, las emociones positivas también son importantes en la forma en que las personas perciben y responden a los riesgos ambientales. Por ejemplo, se ha descubierto que el apoyo a las políticas de cambio climático está fuertemente asociado no solo con la preocupación sino también con la esperanza (Steg & de Groot, 2019).

Por otro lado, gran parte de la diversidad en la comprensión pública puede atribuirse no tanto a lo que se aprende sobre cambio climático sino a cómo y de quién se aprende, es decir, las fuentes de información y cómo se evalúan esas fuentes. No le resultará novedoso al lector que, para algunos, el cambio climático antropogénico es un engaño generado por grupos que se aferran a él para promover una agenda política de izquierda. Esta visión tiene sus raíces en la ideología y es promovida activamente por ciertos grupos de derecha. Además, las creencias ideológicas pueden influir en las percepciones sobre las amenazas del cambio climático. Por ejemplo, es menos probable que los conservadores indiquen que el cambio climático es un problema cuando las soluciones implican regulación gubernamental que cuando se proponen otras basadas en el mercado, ya que estas son consistentes con sus preferencias políticas. Esta tendencia a descartar los problemas debido a que no les gusta la solución, más que a una evaluación del problema en sí se conoce como aversión a la solución (Steg & de Groot, 2019).

En esta línea, Clayton (2019) plantea que las identidades grupales son una barrera potencial para aceptar la realidad del cambio climático (p.4). Un gran reto en la investigación ha sido examinar los factores que más fuertemente predicen la creencia del cambio climático. Particularmente, en los Estados Unidos, la variable más importante es el partido político. Esto se debe a que la aceptación o el rechazo del cambio climático se han

unido a la propia identidad de la política, llegando a negar la realidad del problema, o al menos negando la necesidad de las intervenciones gubernamentales para abordar el problema. Lo cual se convirtió en un marcador simbólico de identidad dentro del Partido Republicano (p. 2). Teniendo en cuenta todo esto, se pone en evidencia que las relaciones entre salud mental y cambio climático no son unidireccionales ni sencillas, incumben a diversos niveles de análisis. Se necesita de todo un entramado conceptual sólo para acercarse a vislumbrar su complejidad, como un rizoma de variables personales y sociales que impactarán en las percepciones, sentimientos y acciones.

A su vez, todo se complica aún más si se piensa que las consecuencias del cambio climático pueden ser aversivas, lo cual puede llevar a evitar el tema. La investigación sobre los impactos de las apelaciones al miedo en la toma de acciones indica que, si las personas no se sienten capaces de reducir los riesgos, afrontan la gravedad atenuando la amenaza percibida (Steg & de Groot, 2019).

13

Por otra parte, se han propuesto múltiples clasificaciones respecto a las amenazas en esta problemática. Una de ellas refiere a los efectos directos del cambio climático sobre la salud mental, dividida en eventos climáticos agudos como terremotos, inundaciones, incendios y huracanes. Estos pueden desencadenar trastornos postraumáticos, ansiedad severa, agresión y suicidio. Y por otro, los eventos climáticos subagudos, tales como sequías y calor extremo que pueden provocar nada más y nada menos que hambrunas, guerras civiles, desplazamientos y migraciones. Una segunda categoría corresponde a los efectos indirectos del cambio climático sobre la salud mental, que incluye impactos a través de la salud física, el entorno físico, el entorno social relacionado con el impacto económico en la salud mental y la adaptación y mitigación a los cambios en el estilo de vida (Sabando, 2021).

En definitiva, más allá del mar de clasificaciones, conceptos y variables existentes en psicología ambiental lo fundamental es que el cambio climático es un hecho y genera efectos potencialmente nocivos a la salud integral de las personas, el ordenamiento social y los ecosistemas enteros. Así, enfrenta a la humanidad con la radical experiencia de lo negativo, con la pérdida del centro, con la caída de los valores supremos del Antropoceno y con la pregunta respecto a la muerte a una escala radical y sin precedentes (Albrecht, 2020). Se trata de un fenómeno que impugna integralmente todos los fundamentos civilizatorios de la Modernidad occidental.

En estos últimos años comenzaron a contemplarse nuevos cuadros psíquicos como respuesta a la preocupación que genera la problemática del cambio climático (Lawrance et al., 2021), lo que requiere el establecimiento de un nuevo lenguaje (Sabando, 2021). Teniendo en cuenta esto, han surgido numerosos conceptos para intentar capturar algo de estas experiencias desoladoras y darles nombre. Así es como nace una larga y variada lista de términos tales como ecoparálisis, solastalgia, meteoansiedad, duelo ecológico, econostalgia, ecocidio, terracidio, biofobia, ecofobia, ecoansiedad, tierra trauma, topoaversión, pavor global, tierra tortura, eco-apocalipsis y un gran etcétera, correspondientes a la materialización psíquica del nihilismo de la época, llamado econihilismo. Esto no debería sorprender, ya que las culturas de todo el mundo

tienen conceptos en su lenguaje que relacionan los estados psicológicos con los estados del medio ambiente. Por ejemplo, los Hopi han usado la palabra *koyaanisqatsi* para describir las condiciones en las que la vida humana se está desintegrando. Los portugueses usan la palabra *saudade* para describir un sentimiento que una persona tiene por un ser querido, tal vez un lugar amado, que está ausente o ha desaparecido. De este modo, se puede afirmar que las palabras y los conceptos en las lenguas maternas revelan profundas relaciones culturalmente definidas con la naturaleza.

Por su parte, el psicoanálisis no queda exento de esta temática, Lertzman (2015) ha acuñado el término melancolía ambiental para describir una condición que está estrechamente relacionada con la ecoansiedad: el duelo no resuelto y a menudo inconsciente debido al cambio ambiental. También hay varios estudios que exploran las relaciones entre la ansiedad por la muerte y la prominencia de la mortalidad con la crisis ecológica, a menudo a través de marcos como las teorías de Ernest Becker o la Teoría de la Gestión del Terror (Pinkala, 2020).

Es preciso decir, que uno de los mayores tabúes aún vigentes en lo atinente a salud mental es el suicidio. Según el sitio oficial de OMS cada año, cerca de 703.000 personas se quitan la vida y muchas más intentan hacerlo. Si bien el vínculo entre el suicidio y los trastornos mentales (en particular, la depresión y los consumos problemáticos) está bien documentado en los países de altos ingresos, muchos casos se dan en personas que lo cometen impulsivamente en situaciones de crisis en las que su

14

capacidad para afrontar las tensiones de la vida, como los problemas económicos, las rupturas de relaciones o los dolores y enfermedades crónicos, se encuentra mermada. Teniendo en cuenta que dentro de las recomendaciones de los grandes organismos internacionales como OMS y OPS proponen pensar al suicidio como una conducta realizada como medio de resolver un problema, es decir, poner fin al dolor psicológico, es crucial tener en cuenta el contexto de crisis climática para su prevención y abordaje. En especial, considerando que la conducta suicida se lleva a cabo cuando los recursos de afrontamiento de una persona se ven en jaque, como puede ser el verse impotente ante los pronósticos globales alarmantes.

Otro elemento crucial, es la cuota de desesperanza que acarrea esta crisis, la cual compone un ya clásico factor de riesgo para suicidio. La importancia de determinar fehacientemente si la tasa de suicidios responde o no a las condiciones climáticas es relevante, ya que los suicidios causan más muertes en el mundo que todas las formas de violencia intergrupala e interpersonal combinadas, y donde el 75% ocurre en países de ingresos bajos y medios (OMS). En este sentido, se vuelve crucial tener en cuenta el riesgo de suicidio, así como la posversión de familiares y allegados a personas que han cometido el acto, ya que estar expuesto al mismo se convierte en un factor de riesgo.

En esta misma línea, la Universidad de Harvard realizó un estudio sobre los suicidios en India, país que representa la quinta parte de los casos a nivel mundial. El mismo demuestra que el clima, en particular la temperatura, tiene una fuerte influencia en una creciente epidemia de muertes autoinfligidas. Con 47 años de registros, se demuestra que las altas temperaturas aumentan las tasas de conducta autolítica, pero solo durante la temporada de crecimiento de la India, cuando el calor también reduce el rendimiento de los cultivos. Siendo estos resultados consistentes con las teorías sobre el suicidio económico en dicho país. Además, estos hallazgos tienen importantes implicaciones para el cambio climático; se estima que las tendencias de calentamiento de

la temperatura en las últimas 3 décadas ya han sido responsables de más de 59.000 muertes autoinfligidas en toda la India. Una estimación llamativa indica que, frente a temperaturas superiores a 20 °C, un aumento de 1 °C en la temperatura de 1 sólo día causa 70 de estos eventos trágicos, en promedio (Carleton, 2019).

Por su parte, la sequía también se asocia con un aumento de las tasas de suicidio. Los datos australianos a largo plazo revelaron que, con el aumento de los valores del índice de sequía, había un aumento del 15% en el riesgo de suicidio para los hombres rurales de mediana edad (Wallinski et al, 2023). Sobre esto, Clayton (2019) plantea que el impacto de una sequía prolongada o repetida está asociado con la angustia emocional, particularmente entre aquellos que están en zonas rurales cuyos medios de vida están más conectados a la tierra (p. 3).

Ahora bien, se ha estudiado ampliamente los impactos a largo plazo del cambio climático incluyen un incremento de los niveles del mar, aumento de las temperaturas, y cambios en los patrones de precipitación. Pero hay menos investigación sobre las consecuencias sobre la salud mental en este tipo de cambios, sin embargo, un creciente número de estudios indica la posibilidad de efectos graves. El calor es uno de los efectos bastante estudiado, y recientemente han proporcionado un fuerte apoyo estadístico para el impacto negativo del mismo en la salud mental. Así mismo, las sequías y las olas de calor, en particular, se ha demostrado que conducen a un incremento significativo en el suicidio (Clayton, 2019).

15

Otro tópico propio de esta problemática, es el calor como variable a analizar. El mismo se asocia con un aumento de la morbilidad, aumento de las emergencias psiquiátricas, el aumento de la violencia, entre otros. La morbilidad de los trastornos del estado de ánimo, la esquizofrenia y los trastornos de ansiedad aumenta con las altas temperaturas exteriores y durante las olas de calor. Es un hecho que el calor se asocia con un número creciente de emergencias psiquiátricas e ingresos de emergencia en hospitales psiquiátricos. De este modo, existe una notable asociación positiva entre el calor y los ingresos hospitalarios, especialmente para las psicosis y la demencia. Además, una revisión sistemática también muestra en 15 de 17 estudios una asociación positiva entre las temperaturas más altas y la incidencia de suicidios (Wallinski et al., 2023).

A su vez, el calentamiento global ha demostrado ser un factor correlacionado con el aumento de la tasa de agresividad y de violencia (Clayton, 2019). Concretamente se ha indagado en cómo el primero moldea conductas violentas a nivel personal y grupal, así como el quiebre del orden social y de las instituciones políticas siendo este un tópico crucial a tener en cuenta en nuestro tiempo (Wallinski et al., 2023).

Por otra parte, un elemento importante a considerar es la prevalencia de estrés post traumático generado por desastres ambientales. En este sentido, los principales factores predictivos del desarrollo de una afección de salud mental después de un desastre específicamente por inundación son la vulnerabilidad socioeconómica, el desplazamiento, los daños materiales y pérdidas de familiares/allegados. Las condiciones de vida de personas vulnerables dan lugar a un mayor riesgo de desarrollar síntomas de depresión. Así, los niños, niñas y adolescentes son particularmente vulnerables, ya que se supone que tienen a su disposición menos estrategias de afrontamiento después de desastres con potencial traumático. Se ha constatado que incluso 3 años después de un desastre por inundación, la calidad de vida relacionada con la salud de las personas directamente afectadas se ve gravemente restringida en

comparación con las personas no afectadas con respecto a la ansiedad/depresión (APA, 2017).

De igual modo, las tormentas y los tornados causan daños y destrucción y, en consecuencia, pueden crear nuevos trastornos psiquiátricos en individuos previamente sanos como el ya mencionado trastorno de estrés post traumático. Sus síntomas relacionados con huracanes aún se pueden medir hasta 12 años después del evento. Nuevamente, la probabilidad de síntomas postraumáticos y depresión aumenta con la gravedad de la exposición, aún más en el caso de lesiones físicas, muerte o lesiones graves a los miembros del hogar, bajos ingresos y daños a la propiedad (Wallinski et al, 2023).

Así mismo, se ha estudiado los impactos de los incendios forestales en la población infantil. Se constató un aumento de la tasa de trastornos mentales: “TEPT durante la fase subaguda después de un incendio forestal, 92 %, depresión después de 18 meses, 33,3 %, trastorno de ansiedad después de 18 meses, 27 % después de incendios forestales en la población infantil” (Wallinski et al, 2023). Éste último punto puede ser de especial interés a nivel local, ya que se podría estudiar el impacto a nivel de salud mental que tuvo y tiene los incendios los humedales del Río Paraná en la población de Rosario y Entre Ríos, ya que no se cuenta con información epidemiológica en esta materia. En cuanto a Buenos Aires, Herrero (2018) plantean que, si se toma en cuenta la gran inundación del 2013 y la ola de calor entre diciembre de 2013 y enero de 2014, se produjeron más de 600 muertes a causa de sólo dos eventos climáticos. Los resultados de su trabajo ponen en evidencia la heterogeneidad socioeconómica de Gran Buenos Aires, dado que es posible identificar diferentes vulnerabilidades socio territoriales frente a los Impactos del cambio climático mediante el Índice de Vulnerabilidad Social frente a Desastres (p. 6). No obstante, estos datos no tienen su correlato en cuanto a impactos en la salud mental se trata.

Conforme a lo precedente, se puede pensar que la falta de recursos materiales repercute en los recursos de afrontamiento psicosociales, debido a la interacción de numerosas variables como pobreza, condiciones de salud incapacitantes, inequidad en el

16

acceso a educación formal, etc. Una vez más, los más pobres son quienes más pierden (Tonello, 2021).

Por otro lado, un tópico de estudio interesante en esta problemática refiere a buscar los motivos de por qué a pesar de la contundencia de las predicciones, poco ha cambiado en un nivel factico para remediar esta crisis. Más bien, sigue predominando la inercia social, es decir, los procesos culturales, institucionales e individuales interrelacionados que inhiben las acciones para abordar este problema acuciante. ¿A qué se debe esto? Tal como plantea Brulle (2019) las explicaciones de la inercia social varían mucho de una disciplina a otra y el debate interdisciplinario sigue dominado por las ciencias naturales y las perspectivas económicas. De este modo, no logran cohesionarse en un enfoque global capaz de explicar la parálisis actual y orientar la acción futura (p. 2). En este sentido, el autor centra su examen teórico en la noción de evitación del trauma cultural. Se trata de un proceso que implica la alteración sistemática de la base cultural de un orden social. De este modo, las rutinas individuales, los comportamientos institucionales, las creencias ideológicas y el régimen general de prácticas se someten a cuestionamiento e incertidumbre. El autor sostiene que el cambio climático constituye un trauma cultural potencial en dos sentidos. En primer lugar, dado que las catástrofes relacionadas con el cambio climático, como incendios e inundaciones, pueden interrumpir en sus bases materiales la vida cotidiana y, por tanto, crear resultados potencialmente traumáticos. En segundo lugar, y con una perspectiva

novedosa, postula que el cambio climático constituye un profundo desafío simbólico (p.4).

Puede resultar enriquecedor ahondar en esta propuesta, desde una perspectiva sociológica de la problemática. Aplicando los desarrollos de Bourdieu, acerca del marco tripartito del orden social, con las nociones de habitus, campo y doxa para analizar cómo una posible alteración del orden establecido en forma de trauma cultural puede llevar a la inercia comunitaria en términos defensivos. Esto se debe a que la construcción social del cambio climático como una preocupación colectiva desafía las narrativas subyacentes de la identidad colectiva e invoca un proceso simbólico de significado. Así, el riesgo de trauma cultural se enfrenta a la resistencia y a los intentos de restaurar y mantener el *statu quo*. Por su parte, Brulle (2019) concluye que la inercia colectiva ante el cambio climático no es una respuesta irracional sino el funcionamiento normal y esperado de los mecanismos de control social existentes (p. 20). Es decir, los mismos procesos que crean y mantienen el orden establecido también crean la inercia que inhibe el cambio necesario.

Por otro lado, cabe señalar que vivir en contexto de grandes metrópolis genera consecuencias en el ambiente, tales como polución, ruidos incesantes, grandes cantidades de basura, congestión del tráfico, entre otros, lo cual a su vez genera un abanico de problemas en la salud mental de su población. En este sentido, una problemática actual a nivel mundial es el hacinamiento. La sobrepoblación de las ciudades, el poco o nulo acceso a naturaleza, la disminución del contacto significativo con otros, la vorágine del día a día consecuente con las grandes distancias son aspectos a tener en cuenta. De este modo, Shanahan et all (2016) plantean:

La urbanización se está convirtiendo en uno de los problemas sanitarios mundiales más importantes del siglo XXI ya que las ciudades se están convirtiendo en epicentros de enfermedades físicas y mentales crónicas no transmisibles. Cada vez se reconoce más el papel crucial de los espacios verdes urbanos para hacer frente a este reto de salud pública. Años de investigación demuestran que las experiencias con la naturaleza están vinculadas a una gran variedad de resultados positivos para la salud integral (...)En consecuencia, ciudades de todo el mundo están invirtiendo en la provisión, gestión y mejora de los espacios verdes públicos, y solo las 100 mayores ciudades de Estados Unidos gastaron más de 6.000 millones de dólares en 2015. (p. 1)

Cabe remarcar que vivir en grandes urbes no es a priori algo negativo. Dada la capacidad de la especie humana para sobrevivir, las modificaciones civilizatorias tienen resultados en gran medida positivos. Sin embargo, las condiciones ambientales

17

subóptimas plantean demandas que pueden exceder las capacidades individuales, de este modo, el “desequilibrio entre las demandas ambientales y las capacidades de respuesta humana se denomina estrés” (Steg & de Groot, 2019, p. 37). El estrés tiene vínculos bien establecidos con los problemas de salud que se produce a través de la alteración del sistema inmunológico, el aumento de las respuestas cardiovasculares y las alteraciones de las respuestas inflamatorias, entre otras. Así mismo, el estrés se ha relacionado con problemas psicológicos, como el deterioro de la salud mental en términos general.

No obstante, no toda la literatura disponible versa sobre los efectos negativos de la interrelación ambiente - salud mental. En este sentido, se ha demostrado que la exposición a entornos naturales está vinculada a mejoras en ciertos aspectos psicológicos, como la reducción del estrés, la mejora del estado de ánimo y el restablecimiento de la tensión cognitiva y atencional, así como mejoras generales en lo que salud mental respecta. Para entender los efectos positivos de la naturaleza en los

seres humanos, se han propuesto varios marcos explicativos, como la teoría de la reducción del estrés (Ulrich et al., 1991) y la teoría de la restauración de la atención (Kaplan, 1995). La primera postula que los seres humanos han desarrollado una capacidad biológicamente determinada para recuperarse del estrés por sí mismos cuando se exponen a la naturaleza, lo que incluye tanto respuestas fisiológicas como psicológicas (Ulrich et al., 1991). La segunda sostiene que algunas características de la naturaleza, por ejemplo, estar lejos, la fascinación, la extensión, ayudan a reponer la atención voluntaria captando la atención involuntaria y favoreciendo el proceso de restauración psicológica (Kaplan, 1995). La experiencia con la biodiversidad contribuye significativamente al capital mental y al bienestar de las personas, entendiendo por capital mental la totalidad de los recursos cognitivos y emocionales de un individuo, incluida su resiliencia frente al estrés (Carleton, 2017).

Por su parte, la palabra restauración es un término que se refiere a “la experiencia del proceso de recuperación psicológica y/o fisiológica que es desencadenado por ambientes particulares, es decir, ambientes restaurativos”. (Steg & de Groot, 2018, p.66) Así mismo, la exposición a la naturaleza puede tener efectos restauradores también en personas que no están estresadas y fatigadas. Existe una relación bastante conocida entre el acceso a espacios verdes en el entorno vital con mejores indicadores de salud y el bienestar de las personas, que aquellos que viven en áreas con menor acceso a espacios verdes.

A su vez, este tópico es especialmente importante ya que un estado de fatiga mental puede ser culpable de los casos en que los accidentes se atribuyen a errores humanos. Así es como toma relevancia el estudio de las capacidades atencionales y sus especificidades. A la hora de recuperarse de la fatiga de la atención dirigida, el sueño es un claro aliado, pero no es suficiente. En los casos graves de fatiga dirigida, es probable que el insomnio aparezca mucho antes de que la recuperación sea completa. Para descansar atención dirigida, es necesario encontrar alguna otra base para mantener la atención. Afortunadamente, existe un modo que cumple este requisito y, está ampliamente disponible. Tal como plantea Kaplan (1995) mientras el individuo está en modo involuntario, la atención dirigida debería poder descansar. Aquí toma relevancia el concepto de fascinación (p. 5). Como una primera aproximación al término, se puede plantear que hay muchas fuentes y tipos de fascinación. Como los jugadores, quienes experimentan fascinación por el proceso, existe la fascinación dura de ver carreras de coches y la fascinación blanda como pasear por un entorno natural. La fascinación suave, característica de ciertos entornos naturales, tiene una ventaja especial y es la posibilidad de reflexionar, que puede potenciar aún más los beneficios de recuperación de la fatiga de la atención dirigida. De este modo, utiliza el concepto de “experiencias restauradoras o entornos restauradores para referirse a estas oportunidades de reducir la fatiga de la atención dirigida” (Kaplan, 1995, p.6).

Sin embargo, esto no quiere decir que la presencia de la fascinación garantice que la atención dirigida pueda descansar. La fascinación es una base necesaria, pero no suficiente. Estar lejos, al menos en principio, libera a uno de la actividad mental que requiere el apoyo de la atención dirigida para seguir adelante. Pero si se sigue luchando

18

con los viejos pensamientos en un nuevo entorno es poco probable que sea reparador. Entonces, alejarse implica una transformación conceptual más que física. En este sentido, puede ser útil dirigirse a un entorno nuevo o diferente, aunque potencialmente no es esencial. Con un simple cambio en la dirección de la mirada, o incluso dirigirse a un entorno antiguo visto de una nueva perspectiva puede proporcionar el cambio conceptual necesario. Así, para una genuina experiencia restauradora, el entorno debe tener amplitud, debe ser lo suficientemente rico y coherente para que constituya otro mundo. Debe ofrecer suficiente para ver, experimentar y pensar. Además, debe haber

compatibilidad entre el entorno y los propósitos e inclinaciones de cada persona. En otras palabras, el entorno debe ajustarse a lo que uno intenta y le gustaría hacer (Kaplan, 1995).

De este modo, se está en condiciones de pesquisar cómo se relaciona la naturaleza con la restauración cognitiva. Es de público conocimiento el hecho de que los entornos naturales suelen ser los destinos preferidos para vacacionar: el mar, la montaña, los lagos, arroyos y bosques son lugares idílicos para evadirse. Sin embargo, para muchas personas que viven en entornos urbanos, la posibilidad de escaparse a esos destinos no es una opción. Sin embargo, el proceso referido no requiere que el entorno sea lejano ni lujoso. Los entornos naturales de fácil acceso ofrecen un importante recurso para descansar en general, y en este caso, para descansar particularmente la atención.

En este sentido, la naturaleza está dotada con objetos fascinantes, además de ofrecer variados procesos que atraen a la gente. Muchas de las de las fascinaciones que ofrece la naturaleza son suaves: las nubes, las puestas de sol, la nieve, el movimiento de las hojas con la brisa, etc. atraen la atención con facilidad. Como bien ha reconocido la tradición zen de Oriente, prestar atención a estos regalos de la naturaleza no supone ningún esfuerzo, e implica dejar de pensar en otras cosas. Incluso un área relativamente pequeña como una plazas, senderos y caminos pueden resultar suficientes y eficientes. En el diseño de jardines japoneses han intuido con excelencia estos procesos, combinando recursos para dar la sensación de amplitud y conexión. Además, los entornos que incluyen artefactos históricos pueden crear una sensación de conexión con épocas pasadas y, por tanto, a un mundo más amplio, por ello se considera a los museos como lugares para experiencias micro restauradoras.

En cuanto a compatibilidad, cualquiera puede comprobar por experiencia propia una suerte de resonancia especial entre el entorno natural y las inclinaciones humanas. Es interesante tener en cuenta los numerosos patrones de relación con el entorno natural. Está el papel de depredador (como la caza y la pesca), la locomoción (senderismo, navegación), la domesticación de la naturaleza (jardinería, cuidado de mascotas), la observación de otros animales (observación de aves, etc.), habilidades de supervivencia (encender fuego, construir refugios), etcétera. Las personas suelen acercarse a los espacios naturales con los objetivos que estos patrones en mente, lo cual aumenta la compatibilidad. En definitiva, buscan allí un respiro. Se puede tomar como ejemplo a un trabajador de una fábrica quien se dirige a la sombra de un árbol para hacer una pausa tranquila, un árbol para descansar. ¿Se repetiría este ritual al día siguiente? (Kaplan, 1995).

En este sentido, Olmsted (1865) fue especialmente sensible al papel del paisaje natural en la restauración: "emplea la mente sin fatiga y, sin embargo, la ejercita, la tranquiliza y, sin embargo, la anima y así, a través de la influencia de la mente sobre el cuerpo, produce el efecto de descanso reparador y revigorización de todo el sistema" (p. 22). Su trabajo e inspiración, así como las de otras personas con un profundo conocimiento y respeto por los entornos naturales, influyeron decisivamente en el desarrollo de los parques nacionales y en otros muchos esfuerzos de conservación, demostrando que no todo está perdido.

*¿Quién dijo que
todo está perdido?
Yo vengo a ofrecer mi corazón
Fito Páez.*

En esta problemática, lejos de ser posible cerrar con conclusiones, lo más oportuno es abrir interrogantes. Dado el panorama actual, ninguna disciplina puede tener la arrogancia de suponerse dueña de todas las respuestas. Es necesario huir de toda tranquilidad dogmática. De este modo, el saber tecnocientífico puede ser un aliado más en esta lucha, pero no se encuentra en posición de superioridad respecto a los saberes indígenas, a las luchas activistas, ni a los debates entre miles y miles de jóvenes al rededor del mundo inspirados por Greta con su huelga escolar en Suecia.

Así, es momento de cuestionar la propuesta cartesiana, aceptando que el cuerpo no se halla separado de la mente. Por el contrario, y tal como señala Haraway (2019), los colectivos no se forman únicamente entre humanos, sino que incluyen aliados de diversos tipos ontológicos, como animales, plantas, microbios, moléculas y máquinas. Estos colectivos se ensamblan en relaciones complejas y no lineales, integrándose en redes de vida que operan en diferentes escalas temporales y espaciales. Estos sistemas evolucionan y pueden experimentar cambios inesperados (p.75). Ya que el cambio es la única constante, es necesario adoptar un nuevo enfoque, alejado de ideales que buscan extender la sociedad humana a otros planetas. En lugar de perseguir sueños improbables tal como el de reproducir la sociedad humana en otros planetas, lo que se necesita es impedir que se haga realidad una posible pesadilla en la Tierra (Sabando, 2021).

En suma, se necesita hoy más que nunca reflexionar sobre las concepciones de civilización y progreso, e intentar abrir el abanico de modelos socioeconómicos en busca de uno que contemple el fino equilibrio de la naturaleza y nuestro impacto en ella. Aceptar que la especie humana no es el centro de todo como tiempos medievales, sino una manifestación de vida física-psíquica conectada y dependiente del entorno. En palabras de Sabando (2021), “somos simplemente un breve respiro en la vida del planeta, nada especial, nada divino, nada particularmente singular; simplemente otra especie de vida más” (p. 8).

Nuestros ojos ya gastados naturalizan una serie de hechos no sólo injustos en términos éticos, sino que atentan a la continuidad de la vida sobre la tierra. Como se ha expuesto, la falta de equidad es una fuente de estrés personal y de conflicto social. En este sentido, han emergido tensiones internacionales sobre la disparidad entre aquellos que han creado las mayores contribuciones al cambio climático y aquellos que han sufrido y sufrirán las peores consecuencias (Clayton, 2019). Los factores sociales pueden incrementar la vulnerabilidad. Tener un estatus social más bajo puede impedir a grupos el acceso a políticas que los contemple y a la información que les ayudaría a protegerse en esta crisis climática.

De este modo, se naturalizan los efectos de políticas excluyentes, y con ello se justifica hasta lo injustificable. Los grupos más vulnerables son aquellos cuyos roles sociales requieren una gran exposición a las condiciones del ambiente: granjeros, pescadores y los servicios de emergencia, por ejemplo. Las comunidades indígenas son particularmente vulnerables ya que tienden a ser pobres y se localizan en zonas geográficamente vulnerables. Además de constituir un sector históricamente olvidado y marginado en cuanto a políticas públicas, quedan por fuera de toda medida de mitigación y adaptación.

Como se ha demostrado, el cambio climático pone en jaque a las formas de vida actuales, especialmente en los países desarrollados, lo cual desestabiliza el hábitus individual, desafiando la viabilidad de las rutinas institucionales y la doxa dominante que define el orden social. Teniendo en cuenta que toda crisis constituye al mismo tiempo un desafío tanto como una oportunidad, el cambio climático en algunos sectores de la

sociedad está conduciendo a la formación de narrativas alternativas, sobre todo defendidas por los movimientos activistas. Un lineamiento de intervención posible dentro del campo

20

psi puede ser la implementación de grupos terapéuticos/ de apoyo para activistas, donde compartir sus malestares y elaborar conjuntamente los desafíos.

Los y las profesionales psi tienen mucha información para compartir sobre los factores de predicción de la resiliencia. La generación de resiliencia frente al cambio climático, especialmente en sistemas comunitarios, requiere una sólida coordinación entre diversos actores. Es crucial gestionar los recursos ambientales de manera sostenible para garantizar beneficios para las futuras generaciones. La formación de estrategias resilientes debe incluir la capacidad de prever y absorber impactos ante perturbaciones ambientales (Ortega, 2023). A nivel individual, las conexiones sociales, el optimismo, el sentido de pertenencia son particularmente importantes para permitir que una persona se recupere e incluso pueda experimentar un crecimiento personal después de una experiencia traumática. La comunidad en sí misma puede ser una fuente de resiliencia (Clayton, 2019). El primer paso es reunir información sobre las vulnerabilidades locales, y compartirlo con aquellos que están implicados: quienes puedan estar afectados, y aquellos que tienen el poder de poner en práctica las medidas apropiadas. Algunas comunidades son vulnerables a amenazas geográficas específicas; otras lo son debido a las deficiencias en la infraestructura física, poniéndolas en riesgo frente a inundaciones, olas de calor, o la escasez de agua. Todo esto concierne tanto a cuestiones materiales como a la salud integral de las personas.

Así, la psicología ambiental tiene la posibilidad y capacidad de impactar en la previsión de catástrofes, trabajando en conjunto con tecnologías y funcionarios públicos. Todo un horizonte se abre para una disciplina invisibilizada en América Latina, con un importante potencial de impacto en este momento socio histórico particular. Además, cuenta con la posibilidad de expandir su rango de acción construyendo datos situados en América Latina, datos que, enfatizo, son necesarios para poder tomar decisiones en base a evidencia y no a opiniones.

Tal como se desarrolló anteriormente, la falta de respuestas efectivas a niveles gubernamentales, empresariales e individuales se basa en procesos sociales que mantienen y reproducen la estabilidad social. Si existe alguna posibilidad de que el actual sistema social dominante pueda adaptarse más allá de sus muchas limitaciones está aún por verse. Algunos estudiosos, examinando las enormes barreras a la acción, han concluido que el colapso es inevitable (Brulle, 2019). Esto produce también una suerte de terror metafísico mayor. El discurso del fin del mundo instala una ruptura; los datos científicos son más que elocuentes y revelan que los ecosistemas están cambiando de manera acelerada, no precisamente para bien; y sucede que no se tiene la menor idea de cómo reaccionar. Más aún, el discurso del fin resulta paralizante. Estas narrativas son amplias, se extienden desde el campo de la filosofía al arte, del cine a la literatura. Permite vislumbrar diferentes versiones mito-cosmológicas: el mundo antes de nosotros, el mundo después de nosotros, el mundo sin nosotros, el mundo post-humano (Sabando, 2019). Es un hecho que los bosques preceden a las civilizaciones y que los desiertos son posteriores a ellas. Aunque se comparte esta preocupación, se espera que un mayor desarrollo teórico y empírico del enfoque aquí esbozado pueda servir de base para la acción práctica. Teniendo precaución en el desarrollo de investigaciones academicistas y dogmáticas, ya que al decir de Lestel (2022), la naturaleza siempre será más vasta y entrañará bellezas y misterios más allá del saber humano que pueda tenerla como objeto (p.43).

Por su parte, la Organización Mundial de la Salud (OMS) recomienda integrar las consideraciones relativas al cambio climático en las políticas y programas de salud

mental, para prepararse y responder mejor a la crisis climática. Aplicar enfoques multisectoriales y comunitarios para reducir la vulnerabilidad y hacer frente a los efectos psicosociales y de salud mental del cambio climático. Así como abordar las grandes lagunas existentes en la financiación de proyectos en estas áreas.

Además, las niñas, niños y adolescentes son un grupo clave para abordar los desafíos del cambio climático, ya que son los que heredarán los impactos de este fenómeno. Existen evidencias claras de que las infancias sufrirán de manera

21

desproporcionada las consecuencias de esta crisis en comparación con los adultos. En este sentido, plantea la necesidad de brindarles la máxima prioridad en las estrategias y los planes de respuesta ante desastres naturales locales y a futuro, proporcionando herramientas que contribuyan a su protección y adaptación (Gamarra, 2023).

En particular, los países de América Latina y el Caribe están compuestos por estructuras sociales similares, con problemas que evidencian fragilidad en los procesos de gobernabilidad, es lógico pensar que se darán dificultades en el fortalecimiento de capacidades para afrontar los efectos del cambio climático. Tal como plantea Ortega (2023), cuando no se integran redes de apoyo internacional en las agendas públicas se obstaculiza crear estrategias que permitan generar resiliencia. Lo cual implica que es necesario trabajar con sistemas de gobernanza descentralizados que permitan instaurar nuevas mesas de diálogo (p.9). En este sentido, como ya ha planteado el IPCC los efectos del cambio climático varían según la región, el nivel de vulnerabilidad y la capacidad de adaptación. En nuestra región, las problemáticas ambientales se ven acentuadas por condiciones de pobreza.

De este modo, se está en un momento bisagra, de transición de paradigmas. De un modelo lineal, tanto en la concepción de la historia como de los procesos en general, y de la producción, consumo y desecho de bienes en particular. A otro que contempla la circularidad de los procesos, las ramificaciones, los rizomas, tanto a nivel económico, social como histórico. Reconocer las raíces de esta crisis, es reconocer las venas aún sangrantes de América Latina. Es admitir que esta crisis se hace carne de modo sintomático en aquellos con información ambiental, en este sentido, si algo bien sabe la psicología es que lo sintomático muchas veces viene a denunciar procesos más amplios que lo individual. En algunos sujetos se manifiesta el eco del dolor de la selva, de la naturaleza toda siendo resquebrajada a la par que se resquebraja un aparato psíquico. La restitución de las capacidades cognitivas, volitivas y afectivas de un sujeto viene de la mano de la restauración de la Tierra, de los espacios significativos para uno, así como de la construcción colectiva.

En este sentido, será propicio apostar a la interdisciplina desde gobiernos e instituciones; psicólogos trabajando a la par de matemáticos/as, biólogos/as, arquitectos/as, ingenieros/as civiles, en pos de construir datos locales, así como diseñar y concretar leyes, incluso infraestructuras. En definitiva, implicarse en diseño de políticas públicas para aumentar la resiliencia de comunidades e individuos. La perspectiva psicológica se encuentra en una posición única para entender los factores individuales y grupales de los sistemas socioecológicos, y puede aportar un enfoque multinivel que integre las ciencias naturales y las humanidades. A la hora de comunicar riesgos, cambiar comportamientos, comprender sus efectos y facilitar la adaptación es necesario tener en cuenta las capacidades individuales, procesos cognitivos, sesgos, valores, creencias, normas, identidades y relaciones sociales. Además, la mitigación y la adaptación al cambio climático requieren cambiar estilos de vida de maneras que sean geográficamente distintas (por ejemplo, cambiar las dietas para dar lugar a cultivos más resistentes a la sequía en una región) (Steg & de Groot, 2019). Por lo tanto, es crucial considerar el lugar y la identidad cultural al desarrollar propuestas, para no sorprenderse

al no obtener los resultados esperados.

Es preciso considerar que los procesos, tanto individuales como colectivos, no son lineales, ni están exentos de contradicción. En este sentido, es posible el cambio de rumbo, para ello es necesario tomarse el tiempo de frenar y reflexionar sobre lo que se hace, cómo y motivados por qué. Si la historia misma no es lineal, las personas, como su producto y a la vez productoras de ella, pueden pensar los imposibles de una época y corregir el rumbo.

En este ejercicio de conjurar los fantasmas del futuro, se abre una ventana que puede sacarnos de la indiferencia, de la mirada que se desvía, así como de la parálisis. De este modo, expongo una serie de desvelos, propios y colectivos, con el objetivo de sacudir el pensamiento cristalizado, obsoleto.

Que el silencio no sea absoluto, ya que es lugar privilegiado de las verdades no discutidas, de los asuntos ignorados por su magnitud y desafío. Se puede tomar el horror

22

ante la más grande catástrofe jamás vista por el obrar humano y potenciar nuestra capacidad creativa para intentar abordarla. Científicos y científicas algo optimistas plantean que, de actuar ya, aún estamos a tiempo de hacer algo. De cualquier manera, las generaciones futuras sabrán lo que hicimos o dejamos de hacer, y con bastante seguridad, seremos juzgados por ello.

Sin dudas, la psicología en su rama ambiental genera una cascada de consecuencias, un cambio representacional en primera instancia, ya que implica abrir el horizonte del quehacer tradicional. En la medida en que se atraviesen los muros de la facultad y se pueda mirar-escuchar más allá de los contenidos mínimos curriculares, un nuevo campo de incumbencias y de acción es posible. Un nuevo modo de recobrar la potencia transformadora de dicha profesión, a la luz de las necesidades de los tiempos que corren. De este modo, se apela a la innovación, a poner en marcha la maquinaria conceptual ya existente y, a abrir nuevos caminos, generando un contraste con el achatamiento del quehacer psi pensando en los márgenes de la normalización de psicopatologías.

Referencias bibliográficas

APA. (2017). *La salud mental y nuestro clima cambiante: impactos, implicaciones y orientación*. Washington DC.

Abedrapo , J. (2024). La ebullición global. *Revista De Derecho Y Ciencias Sociales*, (29), 11–25. <https://rduss.cl/index.php/ojs/article/view/38>

Albrecht, G. (2022). *Las emociones de la Tierra: nuevas palabras para un nuevo mundo*.

Albrecht, G., Sartore, M., Connor, L., Higginbotham, N., Freeman, S., Kelly, B., & Pollard, G. (2007). Solastalgia: the distress caused by environmental change. *Australasian psychiatry*, 15(1_suppl), S95-S98.

Brulle, R. J., & Norgaard, K. M. (2019). Evitar el trauma cultural: cambio climático e inercia social. *Política Ambiental*, 28(5), 886–908.

<https://doi.org/10.1080/09644016.2018.1562138>

Carleton, A. (2017). Las temperaturas que dañan los cultivos aumentan las tasas de suicidio en la India. *Actas de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos de América*, 114(33), 8746–8751. <https://doi.org/10.1073/pnas.1701354114>

Cepssa, D. (2015). *El Cambio Climático y los Gases de Efecto Invernadero (GEI) en Cepssa*.

Clayton, S. (2020). Climate anxiety: Psychological responses to climate change. *Journal of Anxiety Disorders*, 74, 102263.

Clayton, S. (2019). Psicología y cambio climático. *Papeles del psicólogo*. Vol. 40 (3), pp. 167- 173 <https://doi.org/10.23923/pap.psicol2019.2902>

Dyne, B. (2023). *El calentamiento global impulsa nuevos récords mundiales de temperaturas en la primera semana de julio*. *World socialist web site*. <https://www.wsws.org/es/articles/2023/07/08/cale-j08.html>

El Atillah, I. (2023). Un hombre se suicida después de que un chat de IA le invitara a hacerlo. *Euronews*. <https://es.euronews.com/next/2023/04/01/un-hombre-se-suicida-despues-de-que-un-chat-de-ia-le-invitar-a-hacerlo>

Escorcía Gamarra, R. (2023). Vulnerabilidad de la población infantil y adolescente frente al cambio climático en Puerto Colombia, Atlántico. Corporación Universidad de la Costa.

Grosfoguel, R. (2016). Del extractivismo económico al extractivismo epistémico y ontológico. *Revista Internacional de Comunicación y Desarrollo (RICD)*, 1(4). Herrero, A., Natenzon, C., & Miño, M. (2018). Vulnerabilidad social, amenazas y riesgos frente al cambio climático en el Aglomerado Gran Buenos Aires. Documento de trabajo, 172.

Hannah Arendt (1976). Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal.

Haraway, D. (2019) Seguir con el problema: generar parentesco en el Chthuluceno. Traducido por Helen Torres

Intergovernmental panel of climate change (2022). *Climate change 2022: mitigation of climate change. Summary for policymakers*. <https://www.ipcc.ch/> Kaplan, S. (1995). Los beneficios restauradores de la naturaleza: Hacia un marco integrador. *Revista de psicología ambiental*, 15(3), 169-182.

Lawrance, E., Thompson, R., Fontana, G., & Jennings, N. (2021). The impact of climate change on mental health and emotional wellbeing: current evidence and implications for policy and practice. *Grantham Institute briefing paper*, 36.

Lestel, D. (2022). *Nosotros somos los otros animales*. Fondo de Cultura Económica.

López Bravo, D., (2017). De la naturalización de la violencia a la banalidad del mal. *Ratio Juris*, 12(24), 111-125. <https://doi.org/10.24142/raju.v12n24a5> Lertzman, R. (2015). Melancolía ambiental: Dimensiones psicoanalíticas del compromiso (1ª ed.). *Routledge*. <https://doi.org/10.4324/9781315851853> Martín, T., & Ferreira, A. (2021). Capacitismo. *Dilemata*, (36), 1-4.

24

Ortega, I. 2023. Estrategias que contribuyen a la formación de resiliencia frente al cambio climático: Caso de la Mancomunidad del Chocó Andino. Período 2014-2021. Tesina de especialización, Flacso Ecuador.

Sabando, D. (2021). Cambio climático: "salud mental en un mundo en llamas". *Mutatis Mutandis: Revista Internacional de Filosofía*, (16), 109-118.

Shanahan, F., Bush, R., Gaston, J., Lin, B., Dean, J., Barber, E., & Fuller, A. (2016). Health benefits from nature experiences depend on dose. *Scientific Reports*, 6(1), 28551.

Sixth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change. (2022). *Climate Change 2022: Mitigation of Climate Change Summary for Policymakers*.

IPCC

Steg, L., & de Groot, J. I. (2019). *Environmental psychology: An introduction* (2nd ed.). Hoboken, NJ: John Wiley & Sons.

Svampa, M. (2019). El Antropoceno como diagnóstico y paradigma. *Lecturas globales desde el Sur. Utopía y praxis latinoamericana* 24(84), 33-

54. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.14260/pr.14260.pdf Pihkala, P. (2020). La ansiedad y la crisis ecológica: un análisis de la ecoansiedad y la ansiedad climática. *Sostenibilidad* 12, no. 19: 7836.

<https://doi.org/10.3390/su12197836>

Rodriguez, A., Borensztein, L., Bongiardino, L., Aufenacker, S., Yosa, C., Angelelli, J., Lardies, F., Botero, C., y Peña Loray, J. (2022). Cambio climático, sostenibilidad y salud mental: revisión y estrategias para su abordaje. *Subjetividad y procesos cognitivos*, 26(1), 152-184

Tonello, G. (2021). *Medio ambiente y salud mental. Enciclopedia Argentina de salud mental*. Enciclopediasaludmental.org.ar

Thunberg, G. (2022). *El libro del clima*. Lumen.

Ulrich, R., Simons, F., Losito, D., Fiorito, E., Miles, A. & Zelson, M. (1991). Stress recovery during exposure to natural and urban environments. *Journal of Environmental Psychology*, 11,201-230.

Walinski, A., Sander, J., Gerlinger, G., Clemens, V., Meyer-Lindenberg, A., & Heinz, A. (2023). Los efectos del cambio climático en la salud mental. *Deutsches Arzteblatt international*, 120(8), 117–124. <https://doi.org/10.3238/arztebl.m2022.0403>

World Health Organization (2022). *Mental health and climate change: policy brief*.